

MANI

CRISTO DE ORIENTE, BUDA DE OCCIDENTE

Por François Favre



Todo lo referente a Mani, maestro espiritual del siglo III, ha sido despiadadamente destruido: Sus escritos, como sus discípulos, han terminado en la hoguera. Y, sin embargo, lo poco que nos ha llegado, alcanza para intuir la profundidad de su enseñanza, que sería sin duda más provechosa, si fuese más conocida .

Al hablar hoy de maniqueísmo, rara vez recordamos a este hombre excepcional, a este Mensajero de la Luz que fue Mani (216-276). El sabio iraní se presentó ya, siete siglos después de Buda, dos siglos después de Cristo y cuatro siglos antes de Mohammed, como el reunificador de Oriente y Occidente, el “paráclito de la verdad” o el “sello de los profetas”.

Pintor visionario y filósofo, poeta, músico y médico, Mani transmitió una visión del mundo y de la vida tan poderosa que se expandió, de manera completamente pacífica, desde África hasta China, desde los Balcanes hasta la Península Arábiga.

Su doctrina, tolerante y humanista -que en absoluto se corresponde con los excesivos juicios que se hacen erróneamente sobre ella-, apuntaba a conciliar las grandes religiones de su tiempo (los Chinos le nombraron “Buda de Luz” y los Egipcios “el apóstol de Jesús”), y a dirigir, a los buscadores de la Verdad, hacia el descubrimiento de la Luz interior. Mani enseñaba a los cristianos el aspecto profundo y esotérico del cristianismo universal, desvelaba a los magos de Irán el verdadero sentido del mensaje de Zoroastro, y explicaba a los budistas el camino de la liberación. La “Iglesia de la Justicia”, que fundó para transmitir los misterios del Hombre Perfecto, iluminó a millones de almas durante más de mil años.

Tal claridad y tal fuerza suscitaron, por supuesto, la envidia y el odio, y atrajeron la adversidad. Fueron los religiosos y los hombres de poder quienes, al no comprender sus palabras de advertencia, trataron de destruir el pensamiento luminoso de Mani. “De la belleza de su religión, de su sutil religión de claroscuro - escribirá el novelista Amin Maalouf-, solo hemos conservado las palabras “maniqueo, maniqueísmo”, que nuestros labios han convertido en insultos”, (no olvidemos que un milenio después, la acusación de “maniqueísmo” conduciría a los cátaros a la hoguera). ¿Por qué extraño ardid

de la Historia se convertiría, este nombre sublime, en el símbolo de la divagación intelectual y moral?



Una tradición árabe cuenta que “cuando se quemaron los libros de Mani y de sus discípulos, del fuego brotaron piedras preciosas y fluyó oro líquido”. Y es que las palabras, como los seres, poseen también su historia, y encubren tesoros de significados que un análisis minucioso podría desvelar. Un nombre es un “sello”. El de Mani encierra indudablemente los mayores secretos, los que se refieren a los misterios del Espíritu y del Hombre Interior. Esta denominación sagrada designa, en primer lugar, y como atestiguan los discípulos del sabio iraní, “aquel que ofrece el maná, el pan de vida”. Según otros autores, el origen de su nombre se remontaría a la palabra siria *mana*, “vaso” o “vestido”, o al sánscrito *mani*, que significa “piedra, perla preciosa o gema” (pensemos aquí en el mantra *Om mani padme Om*, cuyo sentido es: “Te saludo, Oh, joya [escondida] del Loto”). Estos tres símbolos -el vaso, la perla y el vestido-, están directamente ligados al misterio del Grial cuya presencia atestiguan todas las tradiciones religiosas, de China hasta Europa, pasando por la India, Egipto y Oriente Medio. Sea cual sea la forma con que se lo describa -cáliz, piedra, gema o libro-, el Grial no ha dejado de ser nunca el símbolo de la unión del alma humana con el Espíritu, fin último de quienes buscan la Verdad. Y sin embargo, es algo más que un símbolo, pues su verdadero significado enlaza extrañamente con la fisiología misma del hombre interior, del Hombre de luz, y es que el vaso sagrado que nos da acceso al Reino, al Nirvana, a la Tierra Original, se encuentra en nosotros mismos. El pie de la copa reposa en el orificio cardíaco y los pulmones, el tallo del cáliz se alza en el cuello (tráquea y laringe), y la parte superior de la copa está formada por el globo de la cabeza. Se trata de un hecho espiritual irrefutable, concerniente a la regeneración del sistema cabeza-corazón, base de la realización del Hombre Nuevo. Mencionemos que el chacra-corona (o chacra coronal) ligado a la glándula pineal, que juega un gran papel en todos los procesos espirituales, tiene también la forma de una copa de Grial.

La palabra sánscrita *Manas* evoca además lo mental, el pensamiento y el espíritu, y en la mitología india, *Manu* quiere decir “primer hombre” u hombre original. En Sirio, se habla aún de *Mani Hayya*, “Mani el Vivo”. Esta fórmula, utilizada en el pasado por Orfeo y atribuida a Jesús, en el Evangelio de Tomás, significa: “el que vive verdaderamente, el que ha resucitado”.

Estas pocas indicaciones, apenas veladas, nos permiten comprender que cada imagen, cada palabra empleada en la enseñanza y la vida del profeta iraní deben ser tomadas, ante todo, como un testimonio de la vida del alma, e interpretadas de manera interiorizada. Por ello, un salmo maniqueo describe a Mani como “el viento del Norte” que indica el camino a aquellos que buscan: “Un viento del Norte que sopla sobre nosotros, así es Mani. Levemos el ancla con él y emprendamos juntos el viaje hacia el país de la Luz.” El maniqueo, conducido por el soplo del Espíritu, puede, pues, partir, en busca de la perla preciosa del alma. Le será posible entonces renacer y recuperar el verdadero

poder de pensamiento, que restablece el vínculo entre el Hombre Celeste (la Mónada, el Microcosmos) y el Hombre Terrestre (la personalidad, el cuerpo).

Así pues, Mani no es solo un personaje histórico cuya biografía tratan difícilmente de reconstruir los historiadores de hoy, sino que es también el símbolo del Espíritu eterno, consolador y sanador, que conduce a las almas hacia el camino de la liberación; es también una encarnación del Cristo Universal, que descendió al mundo bajo la forma de los Enviados de la Luz, y que se manifiesta en nosotros, como Espíritu vivo. Pertenece a todos los tiempos, es el Alfa y el Omega, “el primero y el último”.

Abriguemos la esperanza de que evocar la enseñanza que tomó forma en este ser excepcional que fue Mani, -cuyo solo nombre sugiere los más elevados misterios, los del Conocimiento Sagrado-, incitará a numerosos buscadores de la Verdad a partir tras la Piedra de los Sabios, en busca del vaso sagrado, cuya “verdadera morada es la tierra incógnita del alma”, en el corazón del hombre. A ellos dedicamos nuestro libro, escrito con la intención de sacar a la luz los diversos aspectos espirituales, filosóficos, esotéricos, alquímicos y civilizadores de la obra de Mani el Vivo, o, cuando menos, aquello que, después de tantos siglos de olvido, podemos aún intuir.